

## Del Helenismo al Medievo. Las dos fuentes de Europa

El final de la Antigüedad coincide con el triunfo sociopolítico del cristianismo, de modo que lo sucedido entre los siglos segundo y quinto, va a marcar el posterior desarrollo de lo que conocemos como Europa. Nuestra cultura será resultado del tortuoso encuentro entre una cultura oriental, cuyo núcleo es su religión y la cultura grecoromana, o clásica, cuyo núcleo son sus estructuras políticas y su filosofía. Las dos se absorben mutuamente desvirtuándose, traicionándose a sí mismas, para dar paso a una nueva realidad: la cultura occidental surgida en el Medievo.

### 1º.- Del judaísmo a la religión imperial

#### 1º.1.- Contexto

La nueva ordenación sociopolítica surgida con el helenismo, cambió la actitud ante el saber, como se aprecia en la aparición de nuevas escuelas atenienses: «El Jardín», «La Stoa» y «los cínicos». Pero cambió también el modo de acercarse al saber, que se va a realizar mediante un nuevo tipo de centro de estudio: las Bibliotecas, en las que se concentra todo el saber conocido hasta el momento. Destacando dos: Alejandría y Pérgamo, que, poco a poco, irán suplantando el protagonismo cultural de Atenas.

El año 146 a C. Grecia se convierte en una provincia más de la República Romana. Si bien, como señala Horacio «Grecia conquistada conquistó a su orgulloso conquistador» (No olvidemos que el helenismo dura hasta la muerte de Cleopatra, en el 30 a C.) A pesar de ello, las grandes novedades de Roma hemos de buscarlas en el Derecho y en las aplicaciones prácticas, lo que hoy llamamos ingenierías.

La segunda mitad del siglo I a C. Roma se transforma de República en Imperio. La paz y el orden se mantienen mediante una eficaz y abundante fuerza militar al servicio del emperador, que concentra en sus manos un inmenso poder. Este turbulento giro de Roma la lleva a su esplendor y, a la par, nos ofrece figuras como Calígula, Claudio, Nerón o Domiciano. Emperadores caprichosos, sanguinarios, dementes y... asesinados. Una convicción se va haciendo inequívoca entre sus habitantes: si el pueblo está en manos de un déspota que, a su vez, es víctima de intrigas y muertes violentas, no son sus viejos dioses quienes gobiernan el universo, sino un Destino o una Fortuna ciega y caprichosa. Las religiones clásicas y el pensamiento filosófico en su vertiente moral, presencian el **renacer de una fuerte religiosidad**, atraída por múltiples creencias procedentes del extremo oriental del Imperio.

Aumenta tanto el número de ciudades y su densidad de población, por un creciente éxodo rural, que Roma se convierte en un imperio urbano, con grandes masas empobrecidas, a las cuales hay que alimentar y entretener (el famoso «pan y circo» para que no haya revueltas, ni protestas). Estas migraciones son uno de los factores que van generando una gran crisis agraria, de efectos terribles a partir del s. III. A la par, se alcanza la máxima extensión territorial, hasta Britania, actual Inglaterra, por un lado y hasta Mesopotamia, actual Irak, por el otro. Mantener unas fronteras, tan grandes como lejanas y agresivas, exige el crecimiento del

ejercito. Todo ello disparó el gasto público y, en consecuencia, el aumento de los impuestos, que empobreció aún más a la población.

A partir del siglo III la pendiente se agudiza: la crisis agraria se extiende a toda la economía, y las estructuras políticas sufren un gran deterioro (acabarán transformándose en cargos heredados, con la rigidez y desigualdad social que ello implica). Revueltas políticas y aumento del poder militar, que empezó por intervenir oficialmente en la elección del Emperador y acabará instaurando la tradición de que sea uno de sus jefes el elegido. Creciente presión de los pueblos bárbaros en las fronteras, especialmente los germanos y los sasánidas. En suma, una espiral que conducirá a la desmembración y caída de la mitad romana del imperio, a finales del s.V. La mitad oriental, Bizancio, se mantendrá en pie hasta el siglo XV.

## 1º.2.- Nuevas religiones

La religión oficial romana, adaptación de la griega, convivía con cultos domésticos, muy populares, a *lares*, *penates* y *manes*, cuyas prácticas se celebraban en cada familia. Pero existía una división más profunda en su religiosidad, fruto de la heterogeneidad de los habitantes del imperio: la de quienes están bien instalados, sociopolítica y económicamente, y la de quienes están sometidos. Entre estos últimos, grandes masas desfavorecidas y un abultado número de esclavos, van a tener éxito creciente las religiones venidas del extremo oriental, como *hermetismo*, *mazdaísmo*, diversos *cultos místéricos* y una rama del judaísmo, que será llamada *cristianismo*. Las ventajas que poseen, respecto a la religión clásica y a las escuelas filosóficas, explican su triunfo: ofrecen una liberación del aciago destino, ya sea mediante la inmortalidad del alma, ya mediante su reencarnación. En segundo lugar, esta liberación es entendida como salvación, que encuentra recompensa tras la muerte. En tercer lugar, sus prácticas rituales son comunitarias, y así aportan la seguridad de no estar solos en la desgracia y el consuelo de estar arropados por iguales.

Pero, junto a la aplastante ventaja de ser consuelo ante el presente, incierto y amenazador, su gran inconveniente está en ser religiones bárbaras, es decir, despreciadas tanto por el poder (las clases dirigentes y acomodadas) como por la intelectualidad (filósofos, poetas, dramaturgos, escultores, médicos, científicos,...) Las consideran propias de ignorantes y fanáticos: esclavos, pobres y revolucionarios. Sus posibilidades de convertirse en religiones dominantes son nulas. ¿Por qué entonces una de ellas, una secta como el cristianismo, se acaba convirtiendo en religión imperial?

El cristianismo se presenta como una reforma de la religión judía, entre la que se extiende. Pero los judíos, desde la primera diáspora, habían formado muchas comunidades y gran parte de ellas tras Alejandro, se habían helenizado, hasta el punto de realizar una traducción de los textos sagrados hebreos al griego, la llamada *Biblia de los Setenta*. Entre estas comunidades destacan las de Alejandría, Éfeso, Tesalónica, Corinto, Mileto y Galacia. Pero la reforma cristiana presenta un rasgo ajeno al judaísmo, su **universalismo**, merced al cual, se abre también a todos los *gentiles* (nombre que daban a los no judíos). De este modo, un doble proceso acompaña a esta religión: por un lado predica y hace conversiones por todo el imperio, pero, a la vez, se sumerge en una viva polémica interna, entre quienes ven con buenos ojos su helenización y quienes se oponen a ella.

Los judíos helenizados estaban bien instalados intelectual, sociopolítica y económicamente, en sus ciudades y parte de ellos abrazaron la reforma cristiana (la situación de San Pablo, que era judío y ciudadano romano, no era un caso excepcional). De manera que una parte del cristianismo abraza la lengua griega y, más allá, las herramientas conceptuales de la filosofía griega, para defenderse ante los ataques y acusaciones de absurda e irracional. El cristianismo se fue convirtiendo en una religión revelada que emplea la argumentación filosófica. Esta singularidad la diferencia por un lado, del resto de las nuevas religiones del imperio y, por otro, de las escuelas que apostaron por convertir la filosofía clásica en una especie de religión racional, como el gnosticismo y el neoplatonismo. A la par, le otorga una capacidad de adaptación tal, que le permite llegar, tanto a esclavos y pobres, como a nobles e intelectuales.

### 1º.3.- El Neoplatonismo

La filosofía no fue ajena al renacer religioso de los dos primeros siglos de la era cristiana, y alumbró dos importantes corrientes en **Aleandría**, provincia de Egipto. La ciudad fundada por Alejandro Magno, se había ido consolidando como nuevo foco del saber de la antigüedad y estaba, además, habitada por una comunidad judía fuertemente helenizada.

La primera corriente es el **Hermetismo**: una reinterpretación y sistematización, desde la filosofía griega, de las doctrinas religiosas y místicas de la cultura tardoegipcia. Más que a una escuela de pensamiento clásica, se asemeja a las viejas escuelas místico-filosóficas, como el pitagorismo, del que recibe influjo, y el orfismo. Por eso dará lugar a grupos con marcados rituales esotéricos y se prolongará, mezclada con la cábala, el ocultismo, e incluso la masonería, hasta el s. XIX.

La segunda es el **Neoplatonismo**: último gran intento de conservar la preponderancia de la filosofía griega, tanto en el terreno del saber, como en el papel orientador de la acción humana, a través de la ética. Este canto del cisne del modo de pensar heleno, recibe amplias influencias:

- El hermetismo muestra la posibilidad de fundir filosofía y religión, y le presta las oposiciones pitagóricas entre luz-oscuridad, espíritu-materia,...
- Del zoroastrismo y el maniqueísmo (religiones persas) recibe la escisión de dios en dos principios opuestos, el del Bien y el del Mal, enfrentados en una lucha que arrastra al ser humano, provisto de un alma inmortal.
- La escuela estoica aportará el desprecio por deseos y pasiones, que perturban al espíritu y no deben sino ser sometidos por las armas de la razón.
- La filosofía judía, a través de la obra de Filón de Alejandría, ha enseñado a realizar una interpretación alegórico-religiosa de la filosofía de Platón.
- Como no cabía de otro modo, la filosofía de Platón es la que ofrece las máximas posibilidades para ser adaptada a su momento: un Bien supremo, fuera del mundo sensible y que lo transita todo, se puede convertir en un ser divino; las morphe (ideas) son entendibles como pensamientos de tal ser; el hombre posee un alma inmortal contaminada por su caída en lo sensible; la filosofía, es decir, conocimiento racional (gnosis), lleva a la virtud y en consecuencia a la purificación y retorno del alma a lo suprasensible.

Esta nueva corriente libra la última gran batalla entre los herederos de la tradición helénica y el cristianismo helenizado: Plotino y Orígenes, proclaman su filosofía, el primero, o su religión, el segundo, como el verdadero y adecuado modo de tratar las cuestiones de la salvación del hombre y el conocimiento de Dios. Ambos se diferencian del resto de religiones y escuelas de la época, porque emplean armas comunes tales como la razón y las herramientas conceptuales heredadas de Grecia. Aparentemente, el vencedor va a ser el cristianismo, pero también Grecia había sido vencida por Roma.

#### 1º.3.1.- Plotino

Con **Plotino** (otro pensador alejandrino del s. III) se configura, frente a las religiones bárbaras, plagadas de ignorancia y superstición, esta filosofía práctica que es el neoplatonismo, capaz de ofrecer al humano una verdadera salvación.

En su teoría todo lo existente surge del Uno, al que podemos identificar con la divinidad, mediante emanaciones: comparable a un manantial, que se desborda y da lugar a un regato, un arroyo, un río... el mar. Sin gastarse por ello, ni dejar de ser la fuente que es. Luego del Uno, absolutamente simple y perfecto, surge todo y a él ha de retornar. La noción de *emanación* se separa por igual, tanto del esquema griego de fabricación, a partir de una materia preexistente y eterna, como del cristiano de creación, a partir de nada.

La primera emanación del Uno es la Inteligencia (Nous), y con ella aparece la dualidad, la primera imperfección. Luego emana el Alma Suprema del universo, después las diversas

almas hasta llegar a la humana y, al final, la materia. El ser humano es una mezcla del último tipo de alma y de la última emanación, la materia.

Todo lo que en el cosmos está escindido, trata de retornar a su unidad originaria, a la fuente de la que ha surgido. Tan sólo existe una excepción: la materia, que por haberse alejado tanto, provoca un agotamiento de la actividad del Uno y resulta así incapaz de retorno. Como el humano se compone también de materia, sufre ese peso ciego que le estorba en su retorno. La virtud será el ascenso, a través del conocimiento racional, que purifique y permita el retorno al Uno para el ser humano. Purificación a través de la filosofía, que sólo será completa tras la muerte, al liberarnos del estorbo material de nuestro cuerpo.

Esta consideración de la materia y lo material (como el cuerpo), es consecuencia del influjo del mazdaísmo (o zoroastrismo). Esta religión mantenía la oposición entre un Dios de carácter espiritual, fuente de toda luz, y un principio opaco, la materia, impenetrable por la luz y fuente de toda oscuridad. Estos dos principios opuestos, luz-tinieblas, serán recogidos por Plotino, que adoptará una concepción de la materia como moralmente mala, e imposible de redimir. Visión absolutamente despectiva, que era ajena al pensamiento de Platón y al griego en general.

#### **1º.4.- El “triumfo”**

A lo largo del siglo III su vocación universalista y su helenización, van creando comunidades cristianas en todo el imperio, a pesar de estar prohibido e intermitentemente perseguido. El Edicto de Milán, en el 313, cambió radicalmente la situación, al permitir tanto la práctica, como la construcción de lugares de culto, basílicas, para celebrar sus rituales.

La libertad religiosa del siglo IV permite un crecimiento exponencial del cristianismo, con la consiguiente necesidad de organización. Cualquier asociación que se hace demasiado grande, en número de miembros y extensión espacial, requiere deslindar a los miembros auténticos y fieles de quienes van apartándose del proyecto original, o de quienes son meros aprovechados. Aparecen los *Concilios*, reuniones de episcopos (obispos) para dejar claros los puntos donde hay conflicto, es decir, para ir construyendo unas normas y verdades oficiales, que se han de respetar para ser considerados verdaderas comunidades cristianas. Surgen, en consecuencia, las *herejías*: aquellos grupos que discrepan de lo acordado en los concilios. Las luchas fueron habituales y en varias ocasiones, la verdad oficial resultó ser la apoyada por el emperador, que a partir del Edicto de Tesalónica 380, decreta el cristianismo religión del imperio.

Como no podía ser de otro modo, el imperio será el único modelo válido para estructurar este cristianismo, esta gran *ecclesia* (iglesia) conjunto de todas las iglesias locales, tan amplia como el imperio. La iglesia “triumfante” e hipertrofiada, imita la jerarquizada estructura imperial y la traslada a sí misma, para dar lugar a su propia organización. Pero la finalidad del imperio era el dominio político y el mantenimiento del orden social, mientras que el cristianismo había nacido como un grupo religioso con intereses liberadores respecto a las injusticias, tanto las generadas por el poder, como por la tradición del orden social. La perversión del mensaje original, poseedor del mayor potencial revolucionario y utópico surgido hasta entonces, se hace inevitable. Convertido en la religión oficial de Roma, el cristianismo va a morir de éxito.

### **2º.- La construcción neoplatónica de occidente**

#### **2º.1.- Nueva cosmovisión**

La postura que se impuso entre los *Padres de la iglesia* en el s. III (destacan los de la región de Capadocia y los alejandrinos) fue la de asimilar el armazón conceptual griego, empezando por emplear esa misma lengua. El objetivo era ofrecer una educación cristiana completa, una alternativa eficaz ante la tradicional educación del imperio. En todos los ámbitos, no sólo en el teológico, se emprende la tarea de elaborar filosofía, derecho, ciencia, poesía, artes plásticas...

acordes con las creencias reveladas. Podemos afirmar, por todo ello, que el cristianismo asumió las riendas de una cultura en decadencia, desempeñando el papel de heredero que rescata cuanto estima digno de sobrevivir de la antigüedad clásica. Esta labor le permitió, tanto consolidar su posición, dominante a partir de s. IV, como conservar y revivir una herencia cultural, que había caído en la imitación vacía del mundo clásico. Los siglos IV y V alumbraron un renacer de la tradición grecolatina bajo el nuevo signo del cristianismo.

La pregunta inevitable es la siguiente: ¿el cristianismo corrompió el espíritu clásico o supo adaptarlo a las nuevas necesidades de una sociedad agonizante, que pugnaba entre adaptarse o desaparecer ante el avance de los pueblos del medio oriente y del norte de Europa?

La nueva cosmovisión fraguada especialmente a lo largo del siglo tercero al quinto, no será ni la herencia judeocristiana, ni la grecolatina, sino el resultado de ambas y de creencias religiosas orientales. Podemos condensarla en una serie de puntos:

1.- El Dios único (**Monoteísmo**) pasa a ser el principal centro de interés, frente al ciudadano, y la política, frente al humano en general o a la naturaleza.

2.- Este ser supremo es creador (**Creacionismo**) a partir de la nada. Descartando la materia eterna griega o la emanación neoplatónica del Uno. En consecuencia, es omnipotente.

3.- El ser humano deja de estar ordenado según categorías políticas, económicas o culturales, porque es hijo de Dios y, en consecuencia, todos los seres humanos son iguales, son **Personas**.

4.- Lo anterior transforma la visión de la sociedad, pues implica una **igualdad** y una **justicia** universal, con las revolucionarias consecuencias que ello tiene.

5.- Sin embargo, este humano es capaz de comportarse respondiendo, o no, a las propuestas de Dios. Es decir, la **libertad** aparece como el requisito imprescindible del comportamiento moral humano.

6.- Los sucesos históricos son únicos, frente a la visión circular del tiempo en Grecia. **Tiempo lineal** y jalonado de intervenciones divinas para ayudar al humano: la *alianza* y la *encarnación* (que permite la *redención* del humano).

7.- La virtud y el conocimiento son parte de la historia personal y universal de la Salvación, luego la ética se hace **moral religiosa**.

La figura que se erige como artífice de la nueva cosmovisión y la transmite a la posteridad será Agustín de Hipona, en el s. V

## 2º.2.- AGUSTÍN DE HIPONA (354-430)

Tras una vida intensamente ajetreada, la insatisfacción lo llevó a ingresar en diversos grupos religiosos, como los maniqueos, que tampoco lo llenaron. Se entregó al estudio de la filosofía clásica y el interés por esta lo llevó hacia las ideas defendidas por los cristianos, especialmente gracias a la predicación de Ambrosio, obispo de Milán, que le muestra el camino de la interpretación alegórica del Antiguo Testamento. A partir de este contacto, Agustín considera que el Nuevo Testamento, especialmente el prólogo del Evangelio de San Juan, completa el pensamiento clásico, especialmente el neoplatónico, que había conocido a través de la lectura de las *Enéadas* de Plotino. Esta lectura le hace reflexionar definitivamente sobre una necesidad doble: completar el conocimiento filosófico anterior, que considera incompleto y, a la par, desarrollar el mensaje cristiano desde un punto de vista filosófico. Se constituye así el neoplatonismo agustiniano, que dominará en occidente hasta el s. XIII.

### 2º.2.1.- El Creador y la creación (metafísica)

Con el cristianismo irrumpe una nueva idea, ajena al pensamiento grecolatino, que es la de **creación a partir de la nada**. Ni se fabrica a partir de algo previo, como el Demiurgo platónico a

partir de la materia y las ideas, ni se genera a partir de sí mismo, como la emanación del Uno en Plotino. Luego, antes de que Dios cree, ni existe el cosmos, ni tampoco la materia, ni, propiamente, las ideas (porque cuando las piensa crea, sólo que en el no existe nuestro tiempo, pero esto ya se verá más adelante).

El neoplatonismo agustiniano traslada las viejas ideas platónicas a la mente de Dios, son las razones eternas, o **ideas ejemplares**, según las cuales ha creado el universo. Ya no es necesario ningún elemento anterior, ni externo al propio Dios, porque las ideas son su mismo pensamiento. El concepto de creación establece no sólo una radical diferencia entre Dios y el universo, sino una dependencia de este último: el creador es *necesario* (si falta, todo el resto falta, su existencia no depende de nada ajeno a sí mismo), las criaturas son *contingentes* (existen, pero podrían no existir y ello no afectaría al resto, su existencia no depende de sí mismas).

La creación es un acto libre y único de la voluntad del creador, ya que crea de una vez todo lo que existió, existe y existirá: Dios hace unos seres en acto y otros en potencia, mediante unas semillas depositadas en la materia creada. Cuando se den las circunstancias propicias, estas semillas se irán desarrollando, dando lugar a todo el universo con sus cambios. Y ese movimiento, que acompañará necesariamente al universo desde su inicio, es el **tiempo**. Antes de la creación sólo Dios existía, después encontramos al creador y a su creación (el mundo y todas las criaturas que lo habitan). Dios sigue siendo ajeno al tiempo y la creación, en cambio, la creación es presa de la sucesión temporal. Por eso, al permanecer inmóvil, puede conocer nuestro futuro sin interferir en él, porque no está sometido a los esquemas temporales, que van emparejados con el movimiento propio de lo creado.

Como obra de Dios, el mundo tiene que mostrar de alguna forma la perfección divina. Sin embargo, encontramos aspectos que parecen ser negativos, contrarios a esa perfección, como las enfermedades, la violencia, los defectos en los seres naturales y en los comportamientos humanos. Es lo que suele entenderse como la presencia del mal en el mundo. Este tema es uno de los puntos de discusión de Agustín contra los maniqueos, los cuales defendían la existencia de dos principios en el universo, dos dioses: uno del bien y de la luz, otro del mal y de la obscuridad. Estos dos principios originarios también se encuentran en el hombre: en el alma y en el cuerpo.

Agustín considera que el mal, tanto físico, como moral, no puede ser objeto de creación divina porque denotaría imperfección, lo cual es imposible en Dios. El mal es, simplemente, ausencia de bien: es una carencia, una privación que afecta a las sustancias creadas y, por tanto, no es ninguna sustancia realmente existente, no es objeto de creación divina.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que el mal, desde el punto de vista de este autor, es algo que se ha introducido en el mundo con la aparición del pecado. *Pecado original* que fue la desobediencia de los primeros padres y que será heredado por todo humano. El mal, en consecuencia, es responsabilidad del hombre.

De esta forma apunta Agustín en dos direcciones distintas ante el problema del mal. Por un lado da una respuesta a un problema de carácter metafísico: todo lo que es sustancia es bueno y el mal no es sustancia pues, si lo fuese, sería bueno. Por otro, contesta desde una perspectiva moral al explicarlo como generado por el hombre. En este caso, el mal es producto de la voluntad humana, que hace un uso indebido de la naturaleza, que usa mal del bien, pervirtiendo la creación de Dios.

La solución dada al problema del mal por Agustín es similar a la dada anteriormente por Plotino y volverá a ser retomada en el siglo XVIII por el racionalista Leibniz.

“Lo que existe como bien creado es susceptible de corrupción y por lo tanto de alteración. La alteración, sin embargo, no es cambiar la sustancia sino modificarla y esta modificación es el mal; el cual solamente puede existir como una modificación del bien. Es, pues, requisito necesario para que se dé el mal la existencia del bien. Pues ¿qué otra cosa es el mal, sino privación del bien? Sin el bien no podría existir el mal. El bien que carece de todo mal, es el bien absoluto; por el contrario, aquel al que esta adherido el mal, es un bien corrupto o corruptible: y donde no existe el bien, no es posible mal alguno.”

## 2º.2.2.- Conocimiento y verdad

Uno de los elementos fundamentales del itinerario intelectual de Agustín es el deseo y la búsqueda de la verdad. Ante el desarrollo del escepticismo defendido por la *Academia nueva*, con cuyas tesis había simpatizado anteriormente, Agustín considerará fundamental la crítica del mismo. Niegan los escépticos la posibilidad de alcanzar certeza alguna. Ante ello replica afirmando la necesaria certeza de la propia existencia: ¿puedo razonablemente dudar de mi existencia, aun suponiendo que todos mis juicios estuvieran siempre equivocados? No, dice Agustín, ya que aun en el caso de que me engañarse no dejaría de existir y al menos el juicio "si fallor, sum" (si me engaño existo) sería siempre verdadero, asegurando la certeza de mi existencia. Pero la certeza es triple, ya que el hombre existe, vive y entiende.

Esta verdad que pretende alcanzar no es una verdad cualquiera, sino que se trata de la verdad en sí misma, la sabiduría en sentido griego. Solamente si el hombre la alcanza encuentra la felicidad. Pero la verdad ya no se encuentra tan sólo mediante la razón, sino que también ha sido revelada por Dios a quienes en él creen, a quienes tienen fe. Irrumpe, en consecuencia, una nueva cuestión en la teoría del conocimiento: las relaciones entre la fe y la razón.

No hay una distinción clara entre razón y fe en la obra de Agustín. Existe una sola verdad, la revelada por la palabra de Dios, y la razón puede contribuir a conocerla mejor. "Cree para comprender", nos dice, en una clara expresión de predominio de la fe; sin la creencia en los contenidos de la fe no podremos llegar a comprender la verdad de Dios y de todo lo que ha creado. "Comprende para creer", continúa, en clara alusión al papel subsidiario, pero necesario, de la razón como instrumento de aclaración de la fe. La fe puede y debe apoyarse en el discurso racional ya que, correctamente utilizado, no puede estar en desacuerdo con la fe, sino afianzar el valor de ésta. Tan profunda vinculación entre la razón y la fe, será una característica de la filosofía cristiana hasta la nueva interpretación de la relación entre ambas, aportada por Tomás de Aquino en el siglo XIII, y supone una clara dependencia de la filosofía respecto a la teología.

Refutado el escepticismo y aliadas cara a un mismo fin, fe y razón, Agustín sigue el modelo neoplatónico, para interpretar el papel del conocimiento en la búsqueda de tal fin, la verdad. Al analizar el conocimiento distingue tres niveles que se corresponden con los de la teoría platónica:

a) *Conocimiento sensible*. Se trata del conocimiento que tenemos de las cosas a través de nuestros sentidos. Éstos son modificados por influencia de las cosas y esta modificación llega al alma por medio del cuerpo, y de este modo hay conocimiento. Sin embargo, no se trata de un conocimiento verdadero, sino de una mera doxa, ya que tanto los objetos conocidos -origen de la modificación- como el cuerpo, aportan sus deficiencias al proceso cognoscitivo.

b) *Conocimiento racional*. Consiste en una elaboración efectuada por la razón a partir de los datos de los sentidos, de los datos de la sensación. La razón compara estos datos con los modelos de las cosas, es decir, con las ideas de la mente divina que han servido de modelo a la creación (por ello serán llamadas ideas ejemplares) y así puede emitir juicios sobre las cosas. Este nivel de conocimiento distingue al hombre de los demás seres vivos, ya que es el único que, por poseer un alma racional, puede llegar a este tipo de conocimiento.

c) *Conocimiento contemplativo*. Es el más alto grado de conocimiento. En él se alcanza la contemplación de las ideas eternas en su misma realidad, tal cual son. Por tanto, no hay necesidad de los datos de la sensibilidad, ni del razonamiento. Se trata del máximo conocimiento, del conocimiento objetivo de la sabiduría. Este conocimiento solo se alcanza en el interior del hombre mismo: es la presencia de Dios en cada hombre, iluminándolo.

La influencia platónica es manifiesta en este proceso que va de los objetos mudables a las ideas eternas, única posibilidad de un conocimiento objetivo. Si las ideas naciesen únicamente de los objetos mudables, serían ideas también mudables y dependientes de los sentidos de cada sujeto, de la mayor o menor perfección de su sistema perceptivo. Con lo que no habría un conocimiento cierto. Sin embargo, a diferencia de Platón, las ideas eternas en Agustín no son autónomas, existentes por sí mismas, sino que están en la mente divina porque son los pensamientos de Dios. Este es el único camino por el que el pensamiento cristiano podía admitir su existencia.

Alcanzar el nivel superior del conocimiento no es una tarea que pueda llevarse a cabo con las solas fuerzas humanas. Si en Platón se establecía un sistema ascético, de autodisciplina, una vida dedicada al estudio como condición para alcanzarlo, en Agustín es necesario un concurso

venido del exterior que lo haga posible. Para explicarlo, compara esta ayuda venida de fuera al papel que desempeña el sol en la naturaleza (inspirado en el símil platónico entre el sol y el Bien). Si éste es el que posibilita la visibilidad de los objetos, tiene que haber una especie de luz sobrenatural que posibilite la visión de las ideas. Se trata de la **iluminación** que Dios ofrece a los humanos que lo buscan. Su papel consiste en iluminar la mente humana para que sea capaz de alcanzar lo inmutable, la verdad misma, que esta más allá de su propia naturaleza limitada y cambiante. Esta iluminación afecta a la parte más noble del alma humana, la ratio superior, allí donde es posible y se da la sabiduría, el tercer grado de conocimiento, el *contemplativo*.

“Inteligible es Dios, y al mismo orden inteligible pertenecen las verdades y teoremas de las artes; con todo, difieren mucho entre si. Porque visible es la fiera, lo mismo que la luz, pero aquella no puede verse si no está iluminada por esta. Luego tampoco los axiomas de las ciencias, que sin ninguna hesitación retenemos como verdades evidentes, se ha de creer que podemos entenderlos sin la radicación de un sol especial. Así, pues, como el sol visible ilumina, de un modo análogo, en el secretísimo sol divino a cuyo conocimiento aspiras, tres cosas se han de considerar: que existe, que se clarea y resplandece en el conocimiento, que vierte su luz para que sean entendidas las demás cosas.”

“No salgas de ti mismo, vuelve a ti, en el interior del hombre habita la verdad; y si encuentras que tu naturaleza es mudable, levántate por encima de ti mismo.”

### 2º.2.3.- A su imagen y semejanza (hombre, moral y política)

Con el cristianismo aparece una nueva visión del hombre: es una **persona**. Noción cristiana, que no estaba en la tradición clásica, ni en la judía, y que sitúa el valor de cada hombre no en ser judío o gentil, griego o bárbaro, ciudadano romano o carecer de tal título, libre o esclavo, varón o mujer, rico o pobre, sino que su valor está en sí mismo, en su personalidad. La única criatura que disfruta esta cualidad intrínseca, somos nosotros, puesto que hemos sido creados a imagen y semejanza del creador. La idea resultó (y sigue resultando) revolucionaria: todos somos iguales, nadie está por encima de nadie. Tan revolucionaria que Roma se percató del peligro y logró domesticarlo: tras un primer intento, frustrado, mediante la persecución, lo logró haciendo al cristianismo religión oficial del imperio. La institucionalización siempre implica paralización, esclerosis, y eso le sucedió al tremendo impulso inicial del cristianismo.

Agustín parte de este valor de la persona, y lo sitúa en el alma humana, la cual es la verdadera imagen de Dios. De este modo, el alma es lo que define propiamente al hombre y es una sustancia dotada de razón, destinada a regir un cuerpo. Esta concepción manifiesta una visión dualista, al estilo neoplatónico (que ya estaba presente en el judaísmo helenizado, especialmente en Filón de Alejandría), según la cual el hombre es un compuesto de dos elementos irreconciliables: alma y cuerpo.

El alma es inmortal, como defendía el platonismo, y se emplean sus mismos argumentos: siendo el alma de naturaleza simple no puede descomponerse, ya que no tiene partes; por lo que ha de ser indestructible, inmortal. Pero, y en esto se diferencian, no es eterna, sino creada por Dios. ¿Cómo? Agustín oscila entre dos posiciones: el creacionismo y el generacionismo (o traducianismo). Según la primera, Dios crearía cada alma con ocasión del nacimiento de cada ser humano. Esta respuesta plantea problemas a la hora de explicar el pecado original ¿Crearía Dios almas imperfectas, manchadas por el pecado original? Según la otra teoría, el alma se transmitiría de padres a hijos al ser generada por los padres, igual que generan el cuerpo. De este modo se podría explicar la transmisión del pecado original, pero plantearía el problema de la unidad y simplicidad del alma individual. ¿Transmitirían los padres una parte de su alma a sus hijos? ¿Quedaría entonces la suya fragmentada? etc.

Los dos componentes del hombre pertenecen a dimensiones distintas: el alma es algo inmortal, espiritual y sede de la inteligencia; el cuerpo, por el contrario, es un componente material que debe ser dirigido por aquélla. Sin embargo, el alma no siempre dirige al cuerpo. Debido al *pecado original*, culpa cometida por los primeros padres, Adán y Eva, y heredada por sus descendientes, el hombre es un ser caído y su alma no tiene fuerza para dominar el cuerpo, sino que este la domina. Por ello cada hombre concreto es sujeto de redención, posee dentro de sí una



realidad que se muestra como razón y lo puede acercar a la luz (a Dios), pero también un peso material que lo arrastra hacia la obscuridad. De este modo, nociones ajenas tanto al judaísmo, como a los clásicos, llegan de los dualismos orientales a través del neoplatonismo plotiniano y son legadas por este nuevo neoplatonismo cristiano:

Luz	Oscuridad
Bien	Mal
Dios	Diablo
Espíritu	Materia
Alma	Cuerpo
Gracia	Pecado

### 2º.2.3.1.- El libre albedrío y la libertad (la ética)

Si en la ética griega el comportamiento virtuoso estaba ligado al conocimiento, para así alcanzar la felicidad, en la mentalidad agustiniana, la moral va unida a la *voluntad*. Es decir, frente al intelectualismo griego, con el cristianismo irrumpe un nuevo tema en la consideración de la acción humana, y por tanto en la ética: la **libertad**, que es una propiedad de su voluntad.

La voluntad, en cuanto capacidad de elección, es entendida como libre albedrío: capacidad para decidir el propio comportamiento. Pero el hombre es un ser caído, doblemente lastrado, por su herencia del pecado original y por su elemento material, el cuerpo. En consecuencia, nace con una voluntad debilitada, e incluso, más inclinada en favor del mal que del bien. Desde esta situación, al hombre le sería casi imposible obrar el bien y, por lo tanto, difícil atribuirle responsabilidad moral, que requiere pleno ejercicio de la libertad. Para solucionar este problema de la tendencia al mal, Agustín acude a una intervención exterior, derivada de la Redención, que permite al hombre recuperar su estado de equilibrio y le da la posibilidad de tomar decisiones: la de *la gracia divina*, una ayuda que transforma el libre albedrío en auténtica libertad.

La libertad lleva al hombre a obrar el bien y, en su grado máximo, a no poder obrar el mal. Sin embargo, este grado de libertad no se puede alcanzar en este mundo. La libertad en su grado máximo es la *libertas maior*, propia de la vida santa, mientras que la libertad que posee el hombre y le lleva a obrar el bien, la *libertas minor*, es suficiente para su vida ordinaria en la tierra.

Agustín, al dar una importancia, que hasta entonces no tenía entre los cristianos, al pecado original y a la asimilación de materia (cuerpo) y pecado, pretende demostrar por qué la redención de Cristo era necesaria e imprescindible. De otro modo, la virtud, y con ella la salvación de cada humano concreto, sería imposible. A partir de este planteamiento, la ética será moral religiosa.

Los análisis realizados por Agustín sobre el comportamiento y el conocimiento humano, referidos fundamentalmente al individuo en cuanto sujeto de salvación, tienen consecuencias no sólo para la vida individual (moral) sino que suponen, al mismo tiempo, un análisis de la colectividad (política).

### 2º.2.3.2.- El sentido de la historia (la política)

Agustín, como cristiano, no sólo busca entender al hombre individual, sino explicar su destino como miembro de una colectividad. Con ello pretende encontrar el sentido de la historia, de la historia humana, que debe tener alguna relación con la Historia Sagrada y la visión, escatológica que aparece en la Biblia. Agustín prestará mucha atención al libro del Apocalipsis, puesto que en el se describe el Juicio Final, que cerraría el ciclo iniciado por el Pecado Original. Esta interpretación considera el tiempo como tiempo de la salvación, orientado (hay, por tanto un telos) hacia la reunión final con Dios, salvación o la separación del mismo, condena. Al plantear la historia desde esta perspectiva, inicia lo que posteriormente será entendido como filosofía de la historia pero, por la carga religiosa desde la que se interpreta, es, fundamentalmente, una teología de la historia.

El punto de partida de esta historia es la permanente lucha entre dos tendencias, una positiva y la otra negativa. Al igual que en cada hombre hay una constante lucha entre las tendencias corporales y espirituales, en el mundo existe una lucha entre los intereses terrenos y los espirituales.

Esta lucha la representa como la lucha entre dos ciudades, la ciudad terrena, simbolizada por Babilonia, que representa al Estado, y la ciudad celestial, simbolizada por Jerusalén, que representa a la Iglesia. Una representa la comunidad de hombres que siguen sus propios dictados, *Ciudad Terrestre*, y otra la comunidad de hombres que siguen los dictados divinos, *Ciudad Celeste*. La primera se funda en el amor propio y la segunda en el amor a Dios.

No se trata de dos localizaciones o poderes concretos sino de dos formas de comportamiento que no impiden su mutua influencia. Así, se puede participar de la ciudad terrena y, sin embargo, trabajar en favor de la ciudad celestial (recordemos la polémica con el donatismo, que propugnaba una total separación entre la iglesia y el estado), o participar en la ciudad celestial y servir a los intereses de la terrestre. La única forma que ve Agustín de que esta influencia sea mutuamente beneficiosa es el que ambas ciudades, Babilonia (estado) y Jerusalén (iglesia), se rijan por los valores espirituales, que busquen en sus actuaciones los intereses divinos y no los terrenales.

Estas ideas son expuestas en su última gran obra y tras su muerte la interpretación que se hace de esta teología de la historia, originará la idea de que el Estado, en cuanto forma de organización de los hombres, debe llevarlos hacia la ciudad celeste y, por lo tanto, debe regirse por los intereses espirituales, que son los representados por los cristianos. Con esta traducción del pensamiento agustiniano se pusieron las bases para una teoría política de gran trascendencia en la historia, el *cesaropapismo*, que desembocará en las luchas de las investiduras: dado que la Iglesia es la comunidad de los fieles cristianos que buscan a Dios y la justicia, el Estado debería estar sometido o, al menos, dejarse guiar por los criterios de organización social de una sociedad más perfecta, la Iglesia. De modo que desaparecida Roma, y con ella toda estructura estatal, la Edad Media se reorganizó políticamente bajo el influjo de la Iglesia. Los obispos habían mantenido un poder judicial heredado desde el final del imperio romano, que, desaparecido este, se vio incrementado. El papa es el obispo de Roma y el que mantiene coordinados jerárquicamente al resto. La iglesia resultó así la única organización que sobrevivió a la hecatombe de la caída de Roma. El paso a la Edad Media quedará orientado por estos hechos y esta doctrina de *la Cruz* (Iglesia, Papa) y *la Espada* (Estado, Emperador), que ha de estar a su servicio. Sirvió además para justificar el poder temporal de la iglesia y su predominio sobre el estado. Como ejemplos tenemos desde las cruzadas hasta el Sacro Imperio Romano Germánico de Carlo Magno. Así aparece la doctrina de que todo poder es de origen divino, en consecuencia, al emperador había de coronarlo el obispo de Roma (ya que no podía ser, él mismo, emperador, cosa que en oriente, en Bizancio estuvo mucho más próxima) y a los reyes había de coronarlos el obispo más importante de su zona.

Si el hombre, en el terreno del conocimiento, necesitaba la ayuda externa de la iluminación, también en el del comportamiento moral, necesita de la ayuda divina bajo forma de la gracia. Pero también en su organización política precisa de la guía divina a través de la Iglesia. En las tres dimensiones se parte de una misma premisa: el hombre es un ser que sólo cobra sentido en relación con una dimensión trascendente, que se manifiesta en la presencia constante de Dios en su interior y ha de traducirse en sus obras externas. Se está forjando la cosmovisión teocéntrica característica de la Edad Media.